

La guerra entre Estados Unidos y México

Miguel Ángel González Quiroga

Se ha dicho que las guerras comienzan muchos años antes del primer disparo. Estoy convencido de la certeza de este dicho, especialmente en el caso de la guerra entre Estados Unidos y México.

Pero, ¿qué tanto tiempo?, ¿10 años antes cuando se dio la separación de Texas?, ¿25 años antes cuando se fundó el Estado mexicano? Yo coincido con los que afirman que la suerte estaba echada cuando Estados Unidos nació como país e inició su inexorable crecimiento hacia el oeste.

La expansión occidental es uno de varios factores atribuidos a la guerra. Los demás son conocidos: los objetivos esclavistas del sur, intereses comerciales de Nueva Inglaterra, afanes territoriales del oeste, el Destino Manifiesto, los halcones de guerra, James K. Polk. En cuanto a quienes responsabilizan a México: sus

divisiones internas, incapacidad para poblar y gobernar sus territorios del norte, militarismo rampante, y una arrogancia desenfrenada¹.

La expansión estadounidense o su crecimiento, para usar un término menos beligerante, fue, en mi opinión, la causa principal de este gran conflicto; sin ella, la guerra sería simplemente incomprensible. Casi se podría decir que la expansión –por tomar una frase de William James– era un “hecho bruto irreductible”.

Dentro del concepto general del expansionismo se ubica la doctrina del Destino Manifiesto, de inmensa fascinación para muchos estudiosos mexicanos. En este ensayo dedicaré breves observaciones al concepto del Destino Manifiesto, así como al impacto de la guerra en mi Estado natal de Nuevo León. Por último, exploraré brevemente el aspecto humano: su efecto en las vidas de los que vivieron el conflicto, tema escasamente explorado.

El Destino Manifiesto

Es peligroso subestimar el poder de una idea, sobre todo cuando ha cundido en todo un pueblo; el Destino Manifiesto tuvo esa fuerza. La aceptación de la idea de propagar la democracia estadounidense al resto del continente significaba colocar un manto de legitimidad

Miguel Ángel González Quiroga. Estudió historia en la University of Houston y maestría en historia de América Latina por la Universidad de las Américas en Puebla. Catedrático del Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Autor de *Nuevo León durante la independencia de Texas, 1835-1836* (2006); coautor junto a César Morado de *Nuevo León ocupado. Aspectos de la guerra México-Estados Unidos* (2006), coeditor de *Veinte años entre los mexicanos. Relato de una labor misionera* de Melinda Rankin (2008).



sobre lo que en realidad constituyó una ambición territorial insaciable.

Algunos han argumentado que fue una villanía, en palabras de Walter Lippman, “revestida con la armadura de una causa justa”. Es difícil alegar en contra de la democracia y su propagación a los rincones más remotos del continente. No obstante, Josefina Zoraida Vázquez ha señalado que, por lo menos en este caso, extender el área de la libertad significó también extender el área de la esclavitud².

La aseveración de la superioridad de la raza norteamericana y la denigración concomitante de México constituye otro elemento del Destino Manifiesto. Walt Whitman preguntó desdeñosamente: “¿Qué tiene que ver ese México miserable e ineficiente –con su superstición, su farsa de libertad, su tiranía de la minoría sobre la mayoría– qué tiene que ver con la grandiosa misión de poblar el nuevo mundo con una raza noble? Nos toca a nosotros lograr esa misión”³.

Los que admiramos a Whitman como el más destacado de los poetas norteamericanos, sólo podemos manifestar decepción por su postura ante la

Alegoría del Destino Manifiesto. En esta pintura de John Gast, una mujer angelical lleva la luz de la civilización hacia el oeste, junto a los colonizadores. A su paso se van tendiendo líneas telegráficas de ferrocarril, mientras los amerindios y animales salvajes huyen en la oscuridad.

guerra. ¿Será éste el mismo poeta que glorificó la igualdad y el respeto del otro cuando dijo: “Cada átomo que me pertenece también te pertenece a ti”? ¿O cuando escribió: “El que degrada a otro, me degrada a mí y lo que se haga o se diga regresa otra vez a mí?”⁴.

¿Cómo conciliar esta contradicción? El mismo poeta del cuerpo y del alma lo explicó al afirmar: “Soy vasto, encierro multitudes”.

Ejercicio doloroso es vernos en el espejo de nuestro pasado y descubrirnos deficientes. Es aleccionador leer que fuimos derrotados porque éramos un pueblo atrasado y decadente. No puedo creer que Mariano Otero y Carlos María Bustamante, dos de nuestros antepasados ilustres, eran producto de una raza decadente. No obstante, los mexicanos no podemos ni debemos ignorar la debilidad y el subdesarrollo en que nos encontrábamos

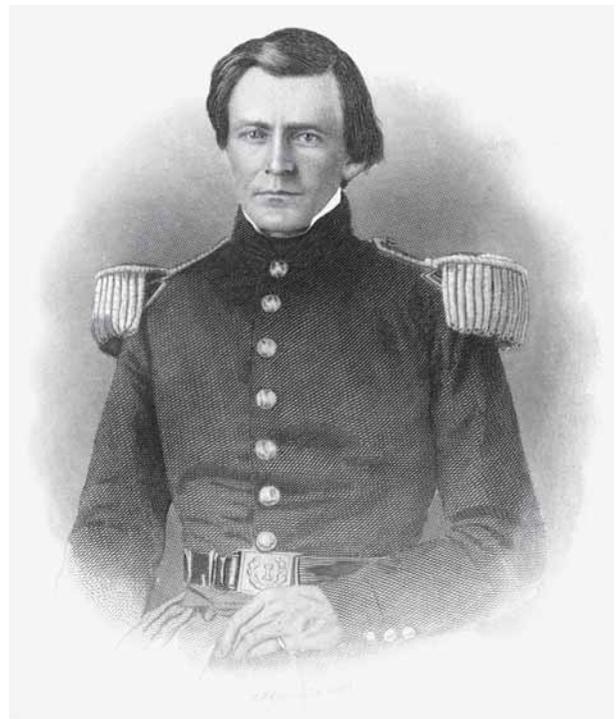


La expansión de los Estados Unidos fue un proceso histórico que, como viento huracanado, barrió todo a su paso. Ni México ni fuerza alguna de éste o cualquier otro continente pudo haberlo detenido. El mapa muestra el crecimiento territorial del vecino del norte. A la derecha, el General Ulises S. Grant, uno de los militares norteamericanos más destacados.

en la primera mitad del siglo XIX. Tampoco ignoramos que ese subdesarrollo fue producto de fuerzas históricas complejas y de largo alcance.

El Destino Manifiesto fue una forma elegante de justificar lo injustificable. No ha escapado a nuestra atención que Ulises S. Grant, uno de los militares norteamericanos más destacados y participante en la guerra, escribió en sus memorias: "No creo que haya habido una guerra más perversa que la que Estados Unidos luchó en México. Lo pensé entonces, cuando era joven, pero no tuve valor moral para renunciar"⁵.

Como historiador, no intento juzgar o censurar. Mi opinión es ésta: la expansión fue un proceso histórico que, como viento huracanado, barrió todo a su paso. Ni México ni fuerza alguna de éste o cualquier otro continente pudo haberlo detenido. No es, por lo tanto, una cuestión del bien o el mal, o de culpabilidad o inocencia. Es más bien un asunto demográfico. La inmigración europea provocó un crecimiento explosivo de la población que inevitablemente desembocó en la expansión. La expansión provocó la guerra.



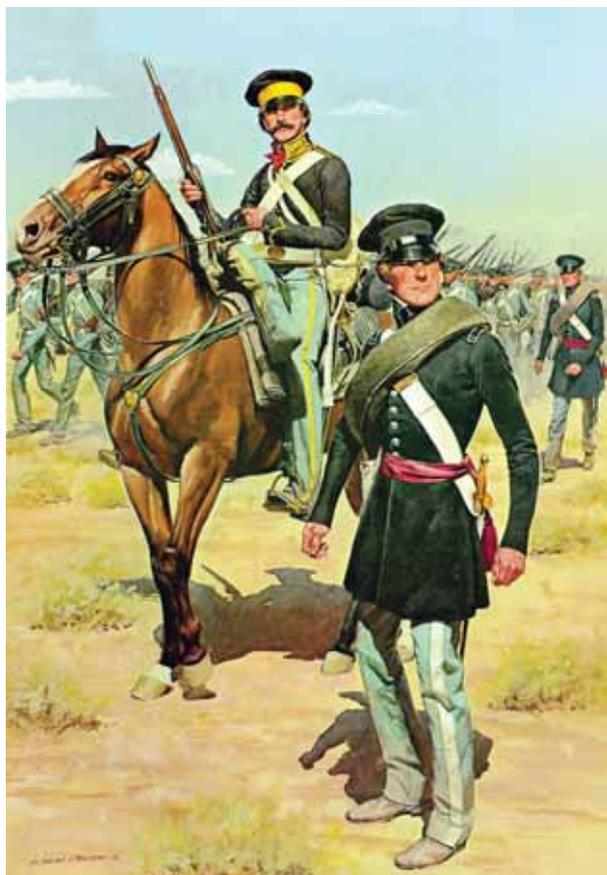
En un nivel más abstracto, podemos admirar las instituciones democráticas de los Estados Unidos, a la vez que deploramos el racismo y los sentimientos de superioridad de algunos de sus ciudadanos.

La guerra en Nuevo León

Más allá de las causas y explicaciones de la guerra, historiadores mexicanos han empezado a explorar sus efectos en las regiones que directa o indirectamente padecieron su impacto.

En muchos sentidos, mi Estado natal de Nuevo León es un microcosmos de la guerra. Antes del conflicto, había gozado de cierta tranquilidad en un país agobiado por la anarquía y agitación. Esto comenzó a cambiar a partir de diciembre de 1845: dos golpes militares contra el gobierno, uno encabezado por Mariano Paredes ese mes, y otro por Valentín Gómez Farías en agosto de 1846, lanzaron a Nuevo León al torbellino nacional. Contraviniendo la voluntad de los norteros, Paredes y Gómez Farías impusieron jefes políticos y militares que provocaron disensión y división en un momento en que se requería cohesión y fuerza. En los cinco meses que precedieron al ataque a Monterrey fueron designados

En los meses previos a la guerra, las disensiones y divisiones de los jefes políticos y militares evitó la cohesión y fuerza de los efectivos mexicanos (a la derecha). Un dragón y un soldado de infantería norteamericanos en operación en el norte de México, (izquierda).



El General norteamericano Ulises S. Grant escribió: “No creo que haya habido una guerra más perversa que la que Estados Unidos luchó en México. Lo pensé entonces, cuando era joven, pero no tuve valor moral para renunciar.”

cuatro comandantes distintos para el Ejército del Norte. Manuel María de Llano, uno de los gobernadores nuevoleonenses más respetados, escribió a Gómez Farías que ninguno de esos militares compartió información o estrategias con su sucesor⁶. En el ámbito político hubo cambios aún más asombrosos: cuatro gobernadores en el mes previo a la batalla. Es muy difícil librar una guerra en estas circunstancias.

Los documentos de aquel tiempo también muestran que había una severa carencia de armas, transporte y entrenamiento en la milicia local. Convencer a la población de integrarse a la milicia y combatir al invasor fue un desafío adicional⁷. Esto lo descubrió Santiago Vidaurri, quien sirvió al gobierno estatal muchos años antes de convertirse en el Caudillo del Norte. Como





Los soldados mexicanos intentan detener una carga de caballería de las fuerzas norteamericanas en Resaca de la Palma, en suelo texano, durante la apertura de las hostilidades. A pesar de su heroica resistencia, se vieron obligados a retirarse al otro lado del Río Bravo.

Secretario de Gobierno, Vidaurri autorizó a los hombres a evacuar a sus familias a los pueblos cercanos, cuando fue evidente que Monterrey sería atacado. Se hizo bajo el supuesto de que regresarían a defender la ciudad.

Muchos de ellos no lo hicieron y Vidaurri los reprochó con una advertencia de castigo severo si no regresaban⁸.

Parece claro en estos y otros testimonios que muchos miembros de la población civil no estaban psicológicamente preparados para enfrentar el conflicto. La idea de luchar por la nación no encontró arraigo en la gente común que carecía de un concepto claro del nacionalismo, y más bien conservaba una identificación regional. Mariano Otero escribió que este problema afectaba al país entero y, en el caso de Nuevo León, su



observación tiene mucho sentido. En el caos político y militar, la falta de preparación y la ausencia de un nacionalismo agresivo, Nuevo León era un espejo fiel de la nación.

Suele olvidarse que el ejército de Zacarías Taylor llegó en un momento por demás inoportuno. El 20 de septiembre de 1846, la ciudad estaba por celebrar su 250 aniversario. Se habían preparado todo tipo de festejos; debería ser un momento de alegría, júbilo y aclamación. En vez de esto, la ciudad fue blanco de una

Ante las demandas y exigencias que imponía el conflicto contra los Estados Unidos, en el caos político y militar imperante, la falta de preparación y la ausencia de un nacionalismo agresivo, Nuevo León era un espejo fiel de la nación.

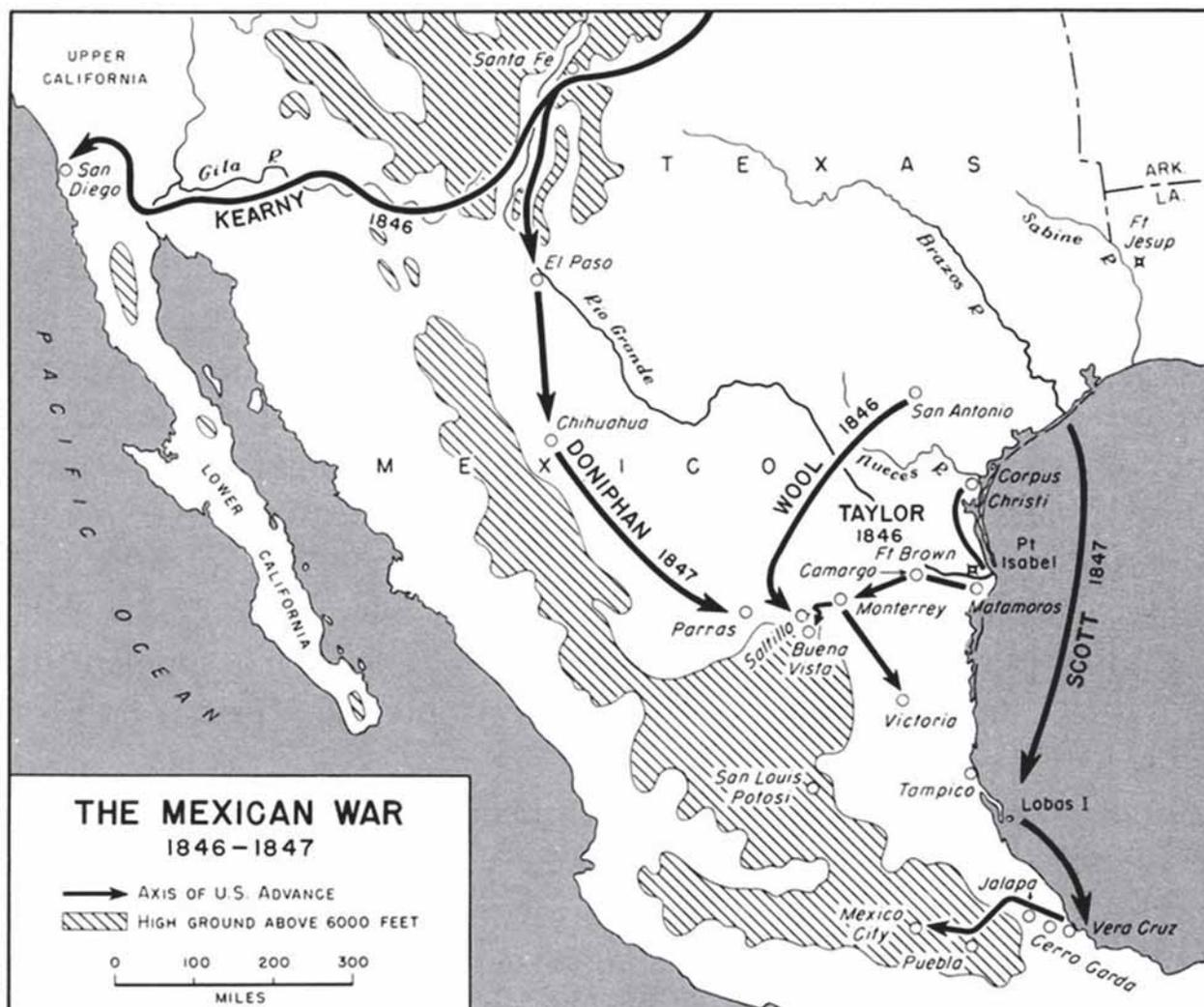
embestida furiosa como ninguna que haya visto antes o después. La batalla dejó a la ciudad devastada, convirtiéndola, en palabras de un testigo, “en un gran cementerio”⁹.

El Gobernador civil, Pedro de Paula y Morales, exigió la continuación de la batalla, y Pedro de Ampudia, el jefe militar, pugnó por la rendición. De Paula Morales jamás lo perdonó por esto y escribió a las autoridades federales sobre la incompetencia y cobardía de Ampudia durante la lucha por Monterrey¹⁰. Las acciones de Ampudia ocho años después, siendo Gobernador de Nuevo León, le dan sustento a esta conjetura. Ordenó la confiscación y quema de todos los ejemplares de un libro sumamente crítico con respecto a sus acciones en la batalla de Monterrey¹¹.

El ejército de Taylor asumió el control de la ciudad el 24 de septiembre y permaneció allí durante casi dos años, hasta junio de 1848, en una de las ocupaciones extranjeras más largas de una ciudad mexicana. Ese periodo de dos años no se ha estudiado a fondo, y con lo poco que se sabe, se infiere que fue un tiempo de gran sufrimiento para las familias. Muchas de ellas abandonaron sus hogares que fueron ocupados por los invasores; otras huyeron al interior del país. Las que se quedaron sufrieron la presencia de los voluntarios, feroces agregados del ejército de Taylor que protagonizaron una matanza demencial durante los primeros meses de la ocupación¹².

Incluso algunos de los oficiales de Taylor se horrorizaron por las insensatas masacres. Ulises S. Grant escribió a su esposa: “Algunos de los voluntarios piensan que está perfectamente bien hostigar sin límites a los pobladores de un lugar conquistado, e incluso matarlos cuando se pueden ocultar en la oscuridad”¹³.

La pesadilla de la ocupación es sólo una parte de la historia, porque no todos sufrieron bajo el yugo de la presencia estadounidense. Tres pueblos padecieron daños graves y muchas haciendas y ranchos fueron arrasados al paso de los invasores. Mas existe evidencia de que la mayoría de los pueblos no sufrieron, algunos incluso prosperaron vendiéndole provisiones al ejército



El mapa muestra el desarrollo de la guerra que México tuvo que librar contra los Estados Unidos y las líneas de avance del ejército invasor. A la derecha, detalle de la zona noreste con la aproximación de las fuerzas del General Taylor hacia Monterrey.

norteamericano. Ésta es sólo una de varias paradojas de esta compleja ocupación¹⁴.

Otra está relacionada con las guerrillas que se formaron para hostigar al ejército de Taylor. Una voluminosa cantidad de documentos revelan que esas fuerzas irregulares le hicieron más daño a la población civil. Es sabido lo que hizo Antonio Canales y el daño que les causó a los invasores, pero existe otra realidad que hasta hace poco permanecía casi oculta: algunos de esos guerrilleros eran ladrones y saqueadores más interesados en robar a la población inerte que a combatir a los convoyes bien armados del ejército de ocupación¹⁵.

Esas fuerzas guerrilleras, por lo menos en Nuevo León, estaban fuera del control de un Gobierno estatal que



intentó sin éxito mantener su autoridad y prácticamente desapareció durante el año crítico de 1847. De Paula y Morales abandonó Monterrey poco después de la batalla

y estableció su gobierno en Linares. La ocupación militar, por otro lado, impuso condiciones que imposibilitaron la gobernanza civil y renunció en marzo de 1847. En este vacío político los municipios de Nuevo León tuvieron que defenderse solos, y algunos descubrieron que podían sobrevivir sin ayuda externa. En un país dominado por el centralismo político, ésa quizá fue la única ocasión en que los municipios lograron ser verdaderamente libres.

El rostro humano de la guerra

Tras leer documentos polvosos, trato de imaginarme en el lugar de algunas personas afectadas por el conflicto. Me llaman poderosamente la atención los granjeros y labradores. México era un país rural; la gran mayoría de la gente era rústica sin periódicos ni libros. Su cosmovisión estaba limitada a las estaciones del año, la siembra, la cosecha, el clima. ¿Qué podría significar para ellos la pérdida de Texas? Más aún, ¿dónde estaba Texas?

Aunque esos pobladores no dejaron testimonios escritos, sus actitudes de alguna manera se revelan en la forma que reaccionaron ante los oficiales de gobierno que intentaron convencerlos de que tomaran las armas contra el invasor. Algunos aceptaron por obediencia, otros por patriotismo, pero muchos prefirieron quedarse a cultivar sus campos en una actitud que parecía preguntar: ¿qué tiene qué ver todo esto conmigo?

He revisado varios documentos que reflejan esta actitud. Entre ellos, una carta de Manuel Flores, Alcalde de Salinas Victoria, a quien se le pidió enviar 80 hombres para la defensa de Monterrey. Él respondió que sólo pudo conseguir 33 y brindó un testimonio elocuente de lo que ocurriría si obligaba a los hombres a marchar a Monterrey:

“las familias quedarán expuestas a las continuas incursiones de los indios bárbaros, dejarán todos sus sementeras de maíces y frijoles en un completo abandono; y [...] a sus familias en entera indignancia y consternación, pues es bien sabido [...] que son sumamente pobres y que sus subsistencias provienen de un continuo y penoso trabajo”¹⁶.

¿Ignoraron esos hombres los llamados a tomar las armas porque les faltaba valor o temían a la muerte? No, ellos enfrentaban a diario el peligro y la muerte proveniente de los ataques de los indios y las epidemias



La batalla librada en septiembre de 1846 dejó a Monterrey devastada y ocupada por las fuerzas norteamericanas durante casi dos años, hasta junio de 1848, en una de las ocupaciones extranjeras más largas de una ciudad mexicana.

que arrasaban a familias enteras en aquellos tiempos. Así que no fue falta de valor, sino otra cosa, probablemente su ambivalencia sobre la guerra, combinada con su necesidad apremiante de seguir trabajando para dar de comer a sus familias. Eso es lo que más les importaba.

Hace muchos años vi la película *El día después*, sobre un holocausto nuclear. Una escena quedó grabada en mi memoria: una mujer de Kansas se quedó arreglando la cama y haciendo otras tareas, mientras los misiles ya volaban por los aires y todos corrían a resguardarse en refugios subterráneos. Se rehusaba a aceptar lo que estaba sucediendo. Me vino a la mente su actitud al evocar la situación de los hombres de los ranchos de Nuevo León. Ellos también se resistieron a creer que estaban en guerra. Tenían demasiado que hacer. No podían distraerse o extraerse de tareas que daban vida y eran absolutamente esenciales.

Tras las estadísticas y descripciones de la carnicería en batallas como la de Angostura o Molino del Rey, están las vidas de innumerables familias que fueron afectadas por el conflicto. En México poco se sabe de esto debido a la falta de testimonios escritos. En Estados Unidos se cuenta con los relatos de algunos que participaron, plasmados en sus memorias o correspondencia, algunos de estos relatos incluso han sido publicados. Pero, ¿qué puede decirse de las familias que recibieron la visita de un desconocido uniformado para informarles que su hijo o esposo jamás regresaría a casa?

Esto seguramente le sucedió a Mattie Hopkins, después de que su valiente esposo, Philip Barbour, murió



Los pobladores del norte de México mostraron ambivalencia ante la guerra. México era un país rural, la gran mayoría de la gente era rústica sin periódicos ni libros. Su cosmovisión estaba limitada a las estaciones del año. En la imagen (al centro), un oficial norteamericano se retrata con civiles mexicanos durante la etapa de la ocupación.

en la batalla de Monterrey. El 20 de septiembre él había escrito en su cuaderno que sentía calma antes de la gran batalla. Estaba consciente que en una guerra la vida de un soldado se convierte en propiedad de la patria y sólo puede conservarse o perderse por la voluntad de Dios. La voluntad de Dios se hizo saber al día siguiente, y sobre su cuerpo moribundo y los de miles de jóvenes norteamericanos se forjó un poderoso imperio. Pero perdura la tristeza y sufrimiento de su familia, y ¿quién se atrevería a decir que el dolor de esa familia fue menor al de miles de familias en México?¹⁷.

Cuando era adolescente leí sobre el Monumento al Soldado Desconocido y me fascinó el concepto. La frase incluso tiene un ingrediente de misterio. Sin duda es un monumento al heroísmo; pero en ausencia de una fa-

milia afligida, es algo más. Es también un símbolo creado por un país agradecido que sabe honrar a sus muertos y se rehúsa a permitir que el mundo los olvide. Este soldado no tiene que ser conocido para ser recordado; porque lo que hizo y representó es, a fin de cuentas, más importante que su propia identidad.

Me acordé de esto al leer algunos de los relatos de la batalla de Monterrey. Varios soldados estadounidenses observaron a una joven cuya identidad se desconoce, bajo una lluvia de plomo, ella atendía a los soldados lesionados y agónicos de ambos ejércitos, dándoles agua y aliviando sus heridas. Al parecer abstraída del fuego mortífero, siguió con su valiente tarea, y cuando terminó y estaba a punto de abandonar el campo de batalla, fue alcanzada por una bala. Se retorció en agonía un rato y luego quedó inmóvil¹⁸. Al día siguiente, fue sepultada apresuradamente por los soldados que habían atestiguado su hazaña asombrosa. Al leer un pasaje como éste, el lector se detiene a meditar: fue una gran mujer; eso es la esencia de la vida y todo lo que sucedió en esa gran batalla palidece ante lo que ella hizo. No puede haber momento más grande ni más sublime

porque ¿qué podría ser más admirable que la abnegación que le da sentido y valor a la vida?, ¿qué podría ser más excelso que ese acto solitario de valor humano?

Al saber del valor de esta heroína desconocida, la pérdida y humillación que sufrimos en esa guerra terrible comienza a distanciarse y empezamos a darnos cuenta de que nuestra fortaleza no proviene de la cantidad y potencia de nuestras armas, sino de la generosidad y dignidad de nuestro pueblo, ejemplificado por esa mujer extraordinaria.

Observar la guerra desde esta óptica –alejados de consideraciones geopolíticas– nos da un sentimiento diferente con respecto a lo que se ganó y se perdió. Se ha dicho que Estados Unidos ganó territorio y México aprendió valiosas lecciones, pero la adquisición súbita de territorio se convirtió en una carga pesada. Regresemos a Whitman, en su *Canto al camino abierto* de 1856, escribió: “Está provisto en la esencia de las cosas que de cualquier logro de algún éxito, no importa cual sea, surgirá algo que exija una lucha mayor”¹⁹. ¿Pudo ser este un presagio de la guerra civil que ya se asomaba?

¿Y qué puede decirse de México? Es cierto que aprendió algunas lecciones valiosas, entre ellas, un sentimiento nacionalista más firme. Pero no se levantó como el *Ave Fénix* de las cenizas del conflicto como lo hicieron Japón y Alemania en el siglo XX. De hecho, no había volado muy alto en los 30 años previos a la guerra. En muchos sentidos, a México aún le falta levantar el vuelo.

Mucha de nuestra gente aún *lamenta* el territorio que se perdió. Pero un país no se mide por la cantidad de su tierra, sino por la calidad de su gente y la fortaleza de sus instituciones.

Notas

- 1 Ramón Eduardo Ruiz, editor, *The Mexican War, Was it Manifest Destiny?* Holt, Rinehart and Winston, New York, 1963.
- 2 Josefina Zoraida Vázquez, “Los primeros tropiezos”, en *Historia de México*, vol. 3, tercera edición, El Colegio de México, México, 1981, p. 810.
- 3 Walt Whitman, *Brooklyn Daily Eagle*, 7 de julio de 1846.
- 4 Tomado de “Song of Myself”, *Leaves of Grass and Selected Prose*, John Kouwenhoven, editor, Random House, New York, 1950, p. 87.
- 5 George Seldes, compilador, *The Great Quotations*, Simon and Schuster, New York, 1967, p. 960.

- 6 M. M. de Llano a Gómez Farías, 21 de agosto de 1846, Fondo Gómez Farías, Colección Benson de Historia Latinoamericana, Universidad de Texas en Austin.
- 7 Caja 51 (1846), Ramo Militar, Archivo General de Nuevo León (AGENL); David Alberto Cossío, *Historia de Nuevo León*, vol. 6, Editorial J. Cantú Leal, Monterrey, 1936.
- 8 20 de septiembre de 1846, Caja 51, Ramo Militar, AGENL.
- 9 “José Sotero Noriega”, en *Diccionario Universal de Historia y de Geografía*, Manuel Orozco y Berra, editor, vol. 2, Impresores José María Andrade y F. Escalante, México, 1856, p. 883.
- 10 Cossío, *Historia de Nuevo León*, pp. 282-83.
- 11 Circular, 24 de marzo de 1854, Legajo 17-94, Fondo Arredondo, Colección Benson. Es justo señalar que las acciones de Ampudia derivaban de una política general del gobierno santanista.
- 12 Robert H. Ferrell, editor, *Monterrey is Ours! The Mexican War Letters of Lieutenant Dana, 1845-1847*, The University of Kentucky, Lexington, 1990; James M. McCaffrey, *Army of Manifest Destiny: The American Soldier in the Mexican War, 1846-1848*, New York University Press, New York, 1992; y John R. Kenly, *Memoirs of a Maryland Volunteer, War with Mexico, in the Years 1846-1848*, J. B. Lippincott & Co., Philadelphia, 1873.
- 13 McCaffrey, *Army of Manifest Destiny*, p. 123.
- 14 Miguel A. González Quiroga, “Nuevo León ante la invasión norteamericana”, en Laura Herrera Serna, editora, *México en guerra, 1846-1848*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1997, pp. 425-71.
- 15 Ibidem.
- 16 6 de septiembre de 1846, Caja 51, Ramo Militar, AGENL.
- 17 Rhonda van Bibber Tanner, editora, *Journals of the Late Brevet Major Philip Norbourn Barbour and His Wife Martha Isabella Hopkins Barbour Written During the War with Mexico, 1846*, G. P. Putnam’s Sons, New York, 1936, p. 104.
- 18 *Houston Telegraph and Texas Register*, 4 de enero de 1847, p. 2.
- 19 Tomado de “Song of the Open Road”.

Publicado con autorización de TCU Press. El ensayo original formó parte del libro colectivo *Duelling Eagles: Reinterpreting the US-Mexican War, 1846-1848* (TCU Press, 2000). Por primera ocasión se publica en español gracias a la traducción de su autor.